

CAPÍTULO SEGUNDO: DIOS AL ENCUENTRO DEL HOMBRE

(50)

(Monseñor José Ignacio Munilla)

(2011)

Nos adentramos en el capítulo segundo de la primera sección. El capítulo primero tenía como título “El hombre es capaz de Dios” y en él se había hablado del deseo natural que existe en nosotros de Dios, la capacidad que tenemos de conocer a Dios racionalmente. Dios nos ha dado unas capacidades de conocerle, y ahora después de ese primer capítulo “el hombre es capaz de Dios”, el segundo capítulo es “Dios al encuentro del hombre”. Más allá de esa capacidad natural con la que Dios nos ha creado para conocerle a él, más allá de eso, Dios ha salido a nuestro encuentro. Es el tema de la revelación.

50 Mediante la razón natural, el hombre puede conocer a Dios con certeza a partir de sus obras. Pero existe otro orden de conocimiento que el hombre no puede de ningún modo alcanzar por sus propias fuerzas, el de la Revelación divina (cf. Concilio Vaticano I: DS 3015). Por una decisión enteramente libre, Dios se revela y se da al hombre. Lo hace revelando su misterio, su designio benevolente que estableció desde la eternidad en Cristo en favor de todos los hombres. Revela plenamente su designio enviando a su Hijo amado, nuestro Señor Jesucristo, y al Espíritu Santo.

“Mediante la razón natural, el hombre puede conocer a Dios con certeza a partir de sus obras”, es lo que en el capítulo anterior ya se ha explicitado: Dios nos ha dado una capacidad racional que puede deducir desde las criaturas, la existencia del Creador.

Incluso puede deducir algunas cualidades de ese creador: su infinitud, su grandeza, su bondad. Pero existe otro orden de conocimiento que el hombre no puede de ningún modo alcanzar por sus propias fuerzas: el de la revelación divina. Se cita un decreto del Concilio Vaticano I en el que se define esa distinción de cómo hay que diferenciar claramente una religiosidad natural, de una religiosidad revelada. Religiosidad natural es aquella de la que parte del hombre la iniciativa de cómo accedemos a Dios. Ha existido una religiosidad natural donde el hombre imagina, inventa, deduce cuál puede ser su relación con Dios y también el mismo da origen a unos ritos a unas modas, unos caminos de comunión con Dios. Esa es la religiosidad natural que parte del hombre para intentar llegar a Dios.

Hay otra religiosidad esencialmente diferente, que es la religiosidad revelada, la sobrenatural que no tiene en nuestra iniciativa el punto de partida, sino que tiene en Dios mismo el punto de partida. Por eso dice que “existe otro orden de conocimiento que el hombre no puede de ningún modo alcanzar por sus propias fuerzas: el de la Revelación divina”.

Se continúa en el punto expresando que “por una decisión enteramente libre, Dios se revela y se da al hombre. Lo hace revelando su misterio, su designio benevolente que estableció desde la eternidad en Cristo en favor de todos los hombres. Revela plenamente su designio enviando a su Hijo amado, nuestro Señor Jesucristo, y al Espíritu Santo”

Por tanto hay dos órdenes de conocimiento que lógicamente no se excluyen el uno al otro, y el conocimiento natural excluye el conocimiento sobrenatural, ni el conocimiento sobrenatural excluye el conocimiento natural. Son dos cosas que son complementarias. Una no excluye a la otra, pero sin duda la segunda superan ampliamente a la primera.

Monseñor puso un ejemplo para intentar distinguir entre la religiosidad natural de la sobrenatural, o el conocimiento racional sobre la existencia de Dios y el conocimiento de fe revelado, y el ejemplo es el siguiente: imaginémosnos que hay un periodista de estos de la revista del corazón que está queriendo conocer, aproximarse a la vida de un cantante o de una de una actriz o lo que fuera, y claro esa persona tiene muchas medidas de seguridad a su alrededor de manera que no es fácil acercarse a ella, y este periodista pues tiene cámaras de teleobjetivos de larga distancia en los que más o menos le saca fotos de aproximación y las que le ve entrando un sitio, le ve entrando en el otro, hace cábalas sobre lo que ve... a veces acertará, otras veces no acertará el tipo de lecturas que hace de los pasos que ve dar a ese cantante al que le sigue sus pasos... Entonces ese periodista regresa a su casa, suena el teléfono, y se lleva la sorpresa de su vida al comprobar que quien le llama, es precisamente esa persona a quien seguía mostrando un deseo de darse a conocer al periodista e invitándole a reunirse y conocerse. Obviamente son dos maneras de conocer la vida de esa persona totalmente diferentes, esencialmente diferentes: una la que él desde su debilitada capacidad intentaba abordar y otra es la “revelación” de su vida que le hace.

Este ejemplo no se puede interpretar literalmente en la medida que lo aplicamos a Dios, pero sirve para decir que la revelación es una iniciativa de Dios que Él ha tomado por amor y que obviamente nos da una capacidad de conocer a Dios esencialmente distinta, muy superior a la que a la que teníamos antes.

Por eso dice “por una decisión enteramente libre Dios se revela y se da al hombre”. Una decisión enteramente libre, significa que Dios no estaba obligado a revelarse, que nadie le podía haber acusado a Dios de ser injusto por no revelarse al hombre, porque no es exigible a Dios que su intimidad la comparta con nosotros. Es una decisión enteramente libre, porque él ha querido por su voluntad, por su bondad... algunos dirían “porque le da la gana” la cual es una expresión que tiene muchos peligros de aplicarse a Dios, porque generalmente la expresión “me da la gana” suele ser, más que indicativa de una voluntad madura, suele ser indicativa en nosotros de actuar más bajo el efecto de las pasiones. Es una decisión libre de la voluntad de Dios, y eso en nosotros tiene que provocar una respuesta de gratitud.

Pues como iba a haber tenido ese periodista de ese caso hipotético puesto, quien tendría una respuesta de gratitud tremenda, sobre todo porque cuando a los periodistas se le suele invitar a ese tipo de reportajes de exclusivas, es “a tocateja”, pagando dinero. Pero es que en el caso de Dios, se trata de quien nos ha invitado gratuitamente por pura dádiva suya, a conocer su intimidad.

¿Somos conscientes de lo que supone la revelación de Dios, de su gratuidad? Eso dependerá del sentido de gratitud, de cómo atendemos la Palabra de Dios. El que es consciente, es alguien que tiene hambre y sed de la Palabra de Dios. Si alguien cuando escucha la Palabra de Dios, cuando escucha la predicación o cuando se le dirige la predicación de la Iglesia, piensa “a ver si no nos enrollamos mucho” y “a ver si es cortito esto”... Si está en esa actitud, posiblemente es que no tenga conciencia de lo grande y lo maravilloso que es que Dios haya revelado, que se haya descubierto, como a veces se nos dice a los sacerdotes cuando vamos a comenzar una misa, o una boda y dice algún familiar del novio o el novio mismo al sacerdote: “será cortita, ¿verdad? Que después hemos quedado para el reportaje de fotos, y nos han dicho en el restaurante que no nos retrasemos mucho.” Y luego él llega veinte minutos tarde a la boda... “Permitidme la broma” pide Monseñor, pero ¿qué quiere decir con esto...? Pues que hay indicios en los que dejamos patente que no tenemos conciencia de la maravilla de la revelación que Dios se te descubre, “y tú estás diciendo que sea cortita mi boda y que el cura predique un minutito y medio”. Si conocieras el don de Dios, lo que es que Dios se te descubre, ¿cómo vas a estar regateando dos minutos y tres minutos para que se te predique la Palabra de Dios? Deberíamos no únicamente escuchar esto como palabras bonitas, sino aunque sea un poco meter el dedo en la llaga, meter el dedo en el ojo, examinarnos de si tenemos hambre y sed de acoger la Palabra de Dios, de acoger la revelación de Dios que nos habla.

¿Te imaginas lo que es que Dios te esté hablando, que Dios te esté llamando, y nosotros estemos comunicando? Estás hablando con otras cosas, estás atento a la tele, o como a veces pasa, los jóvenes van

con los casquitos puestos por la calle a otra cosa. Cree Monseñor que el mayor sufrimiento de Dios tiene que ser éste: el de quien se quiere revelar, y ve que sus hijos no acogen su llamada.

Recuerda el episodio tantas veces referido, en el que Jesús llora al ver Jerusalén. “¡Jerusalén, Jerusalén, que apedreas a los profetas, que rechazas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces he querido reuniros y no habéis querido!”

La revelación de Dios, es consecuencia de una decisión libre y amorosa. Amorosa, que quiere decir por amor. Y libre, quiere decir que no es debida, sino que es gratuita.

Dios se revela al hombre. Dios se descubre. Dios ha hablado, no se ha quedado con los brazos cruzados viendo como sus hijos, sus criaturas teníamos esa dificultad de conocerle y a veces estábamos como tanteando casi a ciegas y sin la capacidad de descubrir el verdadero rostro de Dios. Él ha hablado.

Monseñor reflexiona sobre las dificultades que nuestra cultura, nuestro pensamiento tiene para aceptar esto. Entiende que esta es la verdadera frontera entre la creencia y la increencia. Así como en el momento en el que la ideología marxista estaba muy en el candelero, parecía que la frontera era la afirmación de la existencia o no existencia de Dios, y el marxismo afirmaba que la religión es el opio del pueblo, que era una construcción para engañarnos y para engañar a los pobres del mundo y consolarles con el cielo, etcétera. Es aquella doctrina comunista y el ateísmo científico.

Hoy en día existe algo de eso todavía, pero eso ya ha pasado a ser minoritario. Hoy en día más que ateísmo, lo que existe más bien es un agnosticismo no entendido como una negación explícita de Dios, porque también para negarle a Dios hay que dar razones, y hay que tener cierta energía y quizás en nuestra cultura pues no existe esa energía para meterse directamente. Más bien la frontera actual, más que en la creencia en el ateísmo está en el agnosticismo, en decir que es posible que exista un ser superior trascendente, una energía infinita... pero lo que ya se descarta como absurda es la posibilidad de que Dios llegué a tener una relación personal con nosotros. Que sea un Dios que nos hable, que se comunique con los hombres. Eso ya está en la frontera. Creer en la revelación o no creer en la revelación, más que creer o no creer en Dios.

Es una continuación moderna de la tendencia gnóstica que existió desde los primeros siglos en la Iglesia. Una tendencia gnóstica a quien le repugnaba que los misterios trascendentes y sobrenaturales sean presentados con la cercanía y la concreción propias de algo que está a nuestro alcance.

Este agnosticismo viene a decir que la revelación, eso de que Dios nos habla y nos muestra el camino y nos enseña los mandamientos y nos da unos sacramentos para hablar con él, sería el recurso de los ignorantes que necesitan ver y palpar y poner velitas. Se ridiculiza de esta manera, porque son incapaces de pensar y de abstraer. Bultmann fue quién dijo que lo divino no puede acontecer de este modo tan tosco, tan inmediato que se puede ver y palpar, de manera que lo divino no puede acontecer de un modo humano. Dios no puede actuar o manifestarse sensiblemente en el espacio ni en el tiempo. Dios no puede ser la causa de acontecimientos físicos. Toda esta especie de gnosticismo y agnosticismo que es una mezcla curiosa, conduce a una especie de filosofía del no acontecimiento, a una teoría en la que se niega sistemáticamente la posibilidad de que Dios intervenga en el mundo, de que Dios nos hable, de que Dios se encarne, de que Dios haga milagros etcétera. Desde el presupuesto de que Dios no puede manifestarse en la historia.

Monseñor hace una crítica a esta teoría porque se parte de esa mentalidad racionalista que alardea de que eso es un pensamiento más filosófico, más puro, más desarrollado de la trascendencia... “¿Pero usted le va a decir a Dios lo que puede o lo que no puede hacer? ¿Es que usted le va a impedir a Dios ser Dios?”

Es curioso que se acusa que la religión está constriñendo la divinidad en un mensaje revelado, y se pretende según sus esquemas ideológicos racionalistas, decir lo que Dios puede hacer o no puede hacer. “¿Es que

usted pretende limitar la libertad de Dios? Es que si Dios es amor, él no puede hablarnos... ¿Porque usted lo diga? ¿Porque le parezca que es cosa de gente ignorante?”

A veces no le dejamos a Dios ser Dios, además de tener cierta dificultad de comprender la dinámica del amor, porque el amor tiende a comunicarse, el amor tiende a darse. Para entender por qué Dios se ha revelado, por qué Dios nos ha hablado, pues igual hay que ser un poco padre, hay que ser un poco madre y entender cómo un padre y una madre difícilmente van a permanecer callados viendo cómo su hijo va por el camino de la perdición. No se van a quedar con los brazos cruzados, van a ir en su búsqueda.

Por eso a veces no comprendemos a Dios, y no comprendemos la revelación porque no tenemos corazón de padre o de madre. Por lo tanto no solo Dios es libre para poder revelarse, no solo es una potestad suya sino que además es que es perfectamente coherente con la imagen de Dios amor que la Revelación nos ha comunicado. ¿Hay algo más comunicativo que el amor? Ese rechazo, y ese rechazo a la revelación, a la posibilidad de que Dios se revela, en el fondo esconde una resistencia del hombre al amor de Dios. Es la desconfianza hacia lo que Dios quiera decirnos, hacia los caminos que el trace. El rechazo de la revelación, esconde la sospecha de que Dios viene a robar nuestra autonomía o a impedir nuestra felicidad. Es no fiarse de Dios.

Lo que afirmamos es que la libre decisión de Dios de revelarse es consecuencia de su amor, de un amor apasionado que le lleva a implicarse en la historia. Alguna poesía o algún himno litúrgico del tiempo de Navidad dice que el amor no soporta el silencio, que el amor es comunicativo. Siempre es necesario que alguien tome la iniciativa, y la iniciativa parte de Dios. Como dice Juan 15, 16 “No sois vosotros los que me habéis elegido a mí, sino que soy yo quien os he elegido a vosotros”

En resumen, que la revelación es posible porque Dios es libre y Dios es infinitamente misericordioso. La Divina Misericordia, expresada en el corazón de Cristo, sobre todo consiste en que Dios se revela a nosotros por amor.

Por eso el Domingo de la Divina Misericordia, es el domingo en el que se proclama el Evangelio de Tomás: “Mira mis llagas, mira las llagas de mi mano, mira mi costado abierto y no seas incrédulo sino creyente” El Domingo de la Divina Misericordia, es el domingo en que se subraya la revelación de Dios. Dios se descubre a los incrédulos, se descubre a los que no terminan de abrirse al amor de Dios. La Divina Misericordia, misterio del segundo domingo “in albis”, del segundo domingo de Pascua, es la revelación de Dios.

Dios viene de lo alto, su resurrección, la resurrección de Cristo es exactamente lo que el hombre necesitaba para saciar su deseo de plenitud, de felicidad, de eternidad. Han existido también algunas dificultades para acoger la revelación, dificultades de nuestro pensamiento racionalista. Una dificultad es la de entender que nosotros no tenemos dentro de nosotros mismos lo que necesitamos para la felicidad, sino que nos viene de lo alto. Han existido tendencias teológicas que vienen a decir que sí que existe la revelación, pero la revelación no es que Dios venga del cielo a decirte cosas que tú no tenías, o que tú no tuvieses ya dentro de ti mismo. Y se pretende explicar que la revelación es que Dios te hace caer en cuenta de lo que está dentro de ti, incluso se pone la famosa imagen de Sócrates, que explica el conocimiento de la verdad en base a lo que es el oficio de la comadrona, de la partera, que del mismo modo que la comadrona no introduce al niño en el seno de la madre, sino que le ayuda para que sea ella la que lo dé a luz, así Sócrates pretendía decir que la verdad está dentro de ti y que el filósofo lo que tiene que hacer es hacer de partera, sacarte la verdad que tienes dentro de ti. Esto es lógico que lo dijese Sócrates antes de Jesucristo, porque él como filósofo que es no conoce la revelación que viene de lo alto, pero es que nosotros entendemos que la relación que viene de lo alto, es que el Hijo de Dios es el Verbo de Dios encarnado, Jesucristo es el Verbo de Dios encarnado y eso no está dentro de ti, eso no eres tú el que lo das a luz, sino que viene de lo alto, y la revelación está infinitamente por encima de tus capacidades.

De lo contrario, si se acepta eso, se confunde la teología con la filosofía, se confunde la revelación de Dios, el Evangelio, la Palabra de Dios con tu propio pensamiento. Si la Palabra de Dios lo que hace es venir a que tú descubras cuál es tu pensamiento, lo que tienes dentro de ti, pues entonces la Biblia eres tú, y en el fondo tu pensamiento, tu filosofía, es la propia revelación. Este tipo de teorías que por desgracia se han dicho y se dicen, y se difunden por algunos teólogos que no están en comunión con el Magisterio de la Iglesia y “los obispos tenemos que hacer esa denuncia y poner el dedo en la llaga”, ese tipo de explicaciones vacía de su contenido el concepto de la revelación, porque si la revelación ya no es la palabra que Dios me dirige a mí desde lo alto, sino que es descubrirme yo a mí mismo y lo que yo tengo dentro de mí, pues entonces confundimos la revelación con la introspección. Confundimos el teólogo con el filósofo. Esta es una de las dificultades para entender bien hoy en día el concepto de la revelación.

Otra dificultad que también hay, es el hecho de que existen concepciones que cuestionan cómo Dios va a hablar a un pueblo concreto, al pueblo de Israel. “¿Y por qué Dios no se revela todo el mundo? Eso va en contra del igualitarismo, es una discriminación. ¿Por qué tenemos que creer que Dios se reveló a los israelitas y no a los chinos?” Es un dogma igualitarista.

Cuando Dios elige un camino de revelación, pues está eligiendo un camino concreto en el que a unos les toma como instrumentos para llevar su mensaje a todos. Si Dios se encarna, en algún sitio se tendrá que encarnar. Y si se hace hombre, y entra en nuestros parámetros históricos, en nuestro espacio y nuestro tiempo, pues no va a estar al mismo tiempo en Nazaret y en Santiago de Compostela.

Hay que entender, que Dios cuando entra la historia, lógicamente también está limitado a un espacio y un tiempo. Pero él no discrimina al resto de los pueblos. Sino que elige a Israel para ser un pueblo desde el que su revelación se abra todo el mundo, y precisamente uno de los pecados de Israel que es denunciado por los profetas y en definitiva por Jesús, es el de pretender apropiarse de esa revelación, olvidando que somos instrumentos de Dios para todo el mundo.

Hay que recordar lo que Jesús responde cuando decían “Somos hijos de Abraham” y él dice “Dios podría hacer hijos de Abraham de estas piedras”. Con lo cual, seamos humildes y considerémonos portadores del mensaje de Dios a todo el mundo. Nos acusan que creer en la revelación, creer en que Dios nos ha hablado y que los cristianos y los judíos somos el pueblo de la revelación de Dios, creer tal cosa te lleva a la intolerancia, porque entonces tú posees la verdad y como la verdad la posees tú, los demás no poseen la verdad, y entonces el creer en la revelación es fuente según estas personas, según estas interpretaciones fuente de conflicto.

Monseñor afirma que no es verdad que la creencia en la revelación sea la fuente de los conflictos, de las intolerancias. No creemos que poseamos la verdad, más bien lo que pensamos es que es la verdad, es Dios, el que nos posee a nosotros, y nos tomará como instrumentos suyos para llevar su salvación a todo el mundo. Y para ir a predicar el evangelio, y bautizar y proclamar la palabra de Dios. Eso no nos lleva en absoluto, ni nos debe de llevar a un sentido de estar como seguros de nosotros mismos, sino de sentir una gran responsabilidad de que Dios nos haya elegido como instrumentos suyos para todos.

No es verdad que la revelación sea como una semilla de intolerancia. Ahora, al mismo tiempo también la existencia de la Revelación nos tiene que hacer caer en cuenta de que no podemos equiparar todas las religiones, porque Dios se ha revelado por un camino concreto, y todas las religiones no son reveladas. Porque Dios se ha revelado en Jesucristo, y Jesucristo es la única revelación de Dios, y eso no supone despreciar nada, pero supone distinguir claramente.

Dios se ha revelado. Y lo hace revelando su misterio, su designio benevolente que estableció desde la eternidad en Cristo, en favor de los hombres. Monseñor repara en el significado de “revelar un misterio”. La palabra misterio se suele a veces referir a las películas de miedo, a los ocultismos y lógicamente no va por ahí la cosa. “Misterio” en el sentido teológico designa lo que rebasa al hombre en su capacidad de conocimiento. De alguna manera es algo que al hombre le atrae, pero que al mismo tiempo le supera. Considerar algo como un misterio, significa por una parte reconocer la gran atracción y la necesidad que tengo de ello, pero por otra parte es renunciar a disponer de ello, porque eso sería una expectativa indebida. No se puede meter algo que es misterioso, que me supera infinitamente, no puedo yo pretender meterlo en una jaula y tenerlo controlado. Sería hasta un pecado por parte del hombre, pretender controlar un misterio que me supera. Ante un misterio uno siempre tiene que ser humilde. Es algo grandioso que me atrae, que soy consciente que vivo de ello, pero que por otra parte no puedo controlar.

Por ejemplo, cuando decimos “Dios revela su misterio” no lo entendemos como algo que ya está arreglado, que ya no tiene ninguna gracia y no era como cuando hay un acertijo que en cuanto dan el resultado del acertijo, ya deja de tener misterio, porque ya te han explicado el mecanismo y se acabó el misterio. No es en ese sentido en el que se hablamos de que Dios se revela su misterio, porque el misterio está continuamente manifestándose y siempre es nuevo, no es como una cábala que te dan la fórmula y el jeroglífico egipcio. El misterio siempre es misterio, y por el hecho de que Dios te lo revele, no deja de ser misterio.

Cuando se revela “Dios es amor”, no se puede decir “descubierto el misterio”, pues no se ha descubierto, se ha revelado. Pero sigue siendo un misterio. O sea, es algo que supera la mera razón humana. Sigue siendo algo increíble, sigue siendo algo impactante. Es misterioso. En ese sentido, la revelación es como un pequeño adelanto de la visión beatífica en el cielo, un pequeño adelanto en el que en el cielo tenemos toda la eternidad para contemplar un misterio que no agotaremos nunca, nos quedaremos siempre cortos. La eternidad se va a quedar corta para gozar de la visión de Dios.

Monseñor quisiera en este punto hacer como una pequeña exégesis del término “designio de Dios”. Se dice “Dios dispuso en su designio...” La palabra “designio” o la expresión “Dios dispuso revelarse”, “fue su designio a lo largo de los siglos...” etc. quizás suenen como a una especie de decisión como si no fuese voluntaria. Como si fuese una especie de algo que estaba “escrito en los tiempos”, una especie de algo que “no había más remedio que fuese así”, era algo que “estaba escrito en las estrellas”.

Tenemos que intentar purificar esas reminiscencias que tienen en nosotros estos términos. “Designio”, “disposición”, parece que son cosas un tanto frías, como si fuesen cosas de energías en vez de ser decisiones personales. La palabra “designio”, la expresión “Dios tuvo un designio de revelación” hay que referirlas siempre a que Dios libremente así lo ha querido, porque nos ama. A que Dios te ha conocido personalmente y porque te ha conocido personalmente, te hablado. Recuerda la sorpresa de Zaqueo que se enteró de que pasaba por allí Jesús, y entonces tenía esa curiosidad, tenía esa atracción de decir este hombre del que tanto se habla, voy a verle pasar. Y se subió al árbol porque era bajo de estatura, y la gran sorpresa de Zaqueo es que estaba curioseando a ver quién era ese Jesús, y de repente cuando pasa por allí Jesús, levanta los ojos y le dice “oye Zaqueo, baja que hoy me tengo que hospedar en tu casa”. “Pero como, ¿me conoce o qué? ¿y cómo sabe mi nombre...?” La gran sorpresa de Zaqueo es que se pensaba que buscaba él, y era Jesús el que le estaba desde hace tiempo buscando a él.

Esto es la revelación. No hablemos en conceptos abstractos: la revelación es que Dios te conoce a ti y te habla... “¡Pero si este hombre me conoce y además dice que quiere venir a mi casa!” y entonces Dios viene a tu casa, entra en tu casa. Esa es la revelación. Tenemos un castellano bastante limitado en unos términos que utilizamos y nos suenan lejanos estos términos. Pero es “yo te conozco, yo desde toda la eternidad te he amado, te conozco por tu nombre y por eso te hablo a ti personalmente”. En una revelación que al mismo tiempo se da a un pueblo, al pueblo de Israel, se pone en manos de la Iglesia como depositaria de esa revelación.

Finalmente termina diciendo “revela plenamente su designio enviando a su Hijo amado, nuestro Señor Jesucristo y al Espíritu Santo”. Recuerda Monseñor esa parábola del Evangelio del dueño de la viña que va a cobrar la renta de la viña y manda un enviado, y no le hacen caso, manda otro enviado y le apalean. Manda otro... hasta que dice: “mandaré a mi hijo, a mi propio hijo. A él le escucharán”. Ven que envía a su hijo, el heredero, piensan en matarle y quedarse con la viña.

Es decir que la revelación al final es: “te envío mi Hijo para que él te hable. Ya no te voy a hablar a través de intermediarios”. La cumbre de la revelación es “voy a ir yo hablar contigo” como si la intermediación no funciona. “Voy a ir yo. Yo voy a ir a hablarte en persona”. Esa es la encarnación de Jesucristo, en la que se lleva a cabo el misterio de la cercanía de Dios.

Jesucristo es el revelador del Padre, y al mismo tiempo también el Espíritu Santo es el revelador del Padre y de Jesucristo. En ese misterio de la Santísima Trinidad, cuando veamos a Jesucristo, en Él vemos al Padre. Dice el Evangelio de San Juan: “nadie ha visto al Padre, pero quien ha visto al hijo, ha visto al Padre”. Y lo mismo diríamos del Espíritu Santo, que es el que en este momento actualiza la presencia de Jesucristo a través de los misterios sacramentales y de la vida de la Iglesia. Quien ha recibido al Espíritu Santo, ha visto al Hijo, y quien ha visto al Hijo, ha visto al Padre. Es como la cadena de revelación.